

Crisis ecológica, extractivismo y necro-economía, la religión oficial del Capital

Por Horacio Machado Aráoz*

Edición y comentarios: Cecilia Michelazzo

Presentación

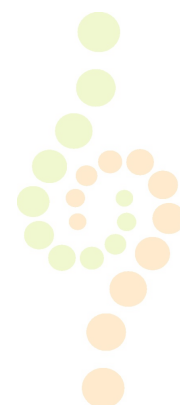
La crisis ecológica nos remite al planteo que Eugenia Boito traía recién a la memoria, de esa pensadora alemana, Rosa Luxemburgo, sobre la opción radical en la que ya estaba a principios del siglo XX la humanidad: socialismo o barbarie. La herencia de Occidente, la herencia de los excesos del Capital nos está instalando en un escenario claro, patético, pornográfico (sensu Scribano) de la barbarie. A esto hemos estado asistiendo, desde ayer hasta hoy en las jornadas.

Anteriormente un compañero señalaba que estamos en el gobierno de las inversiones, y eso me parece que está en la raíz de esta situación de barbarie. Me parece importante ver la crisis ecológica y el hambre como el principal problema ecológico que tenemos, y como el principal síntoma de la barbarie, la expresión más brutal de la barbarie. En pleno siglo XXI que haya mil, mil cien, mil doscientos millones de hambrientos en este mundo (de acuerdo a si tomamos dos mil, dos mil cien o dos mil doscientas calorías diarias como la ingesta mínima necesaria) y mil trecientos millones de obesos, da cuenta de la grave crisis ecológica. Voy a tratar de pensar sobre esto, de la coyuntura hasta las raíces, sobre cómo los conflictos ecológicos se muestran hoy como *guerra de religiones* y por qué los ecologistas, sobre todo en América Latina, son los nuevos terroristas del siglo XXI.

En primer lugar, vivimos en una época signada por la centralidad manifiesta de la crisis ecológica. Hace 26 años, unos años antes del desastre de Chernobyl, Ulrich Beck anunciaba la época de una civilización que se pone en peligro a sí misma. Hoy tenemos la profundización, la exacerbación de esos peligros que ponen en riesgo la viabilidad de la especie humana.

La huella ecológica de la Modernidad ha provocado un colapso del mundo al que estamos asistiendo: crisis energética, crisis hídrica, crisis climática, desertización, pérdida de especies, crisis de biodiversidad, etc. Hace veinte años esta civilización lo negaba y ocultaba; hasta hace poco también. Por ejemplo, el Panel Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, hasta el 2007 estuvo poniendo en duda que la crisis climática y el calentamiento global eran producto de factores antropogénicos, y decían que siempre había habido ciclos. Hoy eso ya no existe, estamos en un escenario donde el poder hegemónico del mundo, el gran sujeto de Occidente que es el Capital, asume la crisis ecológica como un dato de la realidad. Pero, extrañamente, hemos pasado de la negación a la naturalización de la crisis ecológica. Hoy la crisis ecológica es una obviedad, y lo ecológico ha pasado a ser un objeto más de consumo. Lo *verde* es

* Universidad Nacional de Catamarca y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Mail de contacto: machadoaterreno@arnet.com.ar | Disertación presentada en el marco de las *II-Jornadas de Debate y Trabajo Colectivo. Contra la Expropiación y Depredación de la Naturaleza*, actividad organizada por el Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social del CIECS-UNC/CONICET los días 17 y 18 de Noviembre de 2011 en la ciudad de Córdoba, Argentina. Recursos adicionales sobre el encuentro pueden ser descargados en: <http://accioncolectiva.com.ar/sitio/jornadas2011>



un valor de signos que le da un plus a las mercancías que consumimos. Es común y habitual que las empresas periodísticas tengan en sus segmentos un tiempo dedicado a los desastres ambientales.

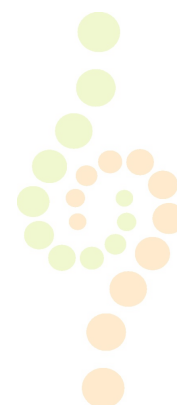
Hemos pasado de la negación a la naturalización, y de la naturalización a la institucionalización de la crisis. Desde los centros de poder mundial se insiste con las mismas recetas para resolverla: extender la racionalidad del mercado, apelar a la rigurosidad científica y a la regulación del Estado. Entonces, los mismos factores que generaron o provocaron esta crisis ecológica terminal, son los que se ofrecen como las salidas para su resolución. Entramos así en una escalada intervencionista de pronósticos reservados, tecno-ciencia, racionalidad del mercado, naturalización del mercado y mercantilización de la naturaleza. Parece que en vez de apretar el freno apretamos el acelerador. Por esto decimos que se trata de la crisis civilizatoria de una civilización que no puede resolver los propios problemas que ha engendrado. Es la crisis de la civilización del Capital, que no se puede resolver dentro de los patrones de concepción y de relación con la naturaleza que el capitalismo ha instalado como forma hegemónica. Si bien es cierto que ya llevamos más de 500 años de Capitalismo, la otra novedad de la época es que la crisis es terminal. Estamos ante la situación de agotamiento del mundo, y ya no hay forma de esquivarle. Por eso es que estamos en un escenario de exacerbación de la violencia.

Ciertamente la violencia ha sido la partera de esta civilización, nunca nos ha abandonado, ha ocupado un rol sistémico. Pero hoy asistimos a la proliferación de formas muy variadas y complejas de violencia. Vemos muy diversificadas formas de matar. La única creatividad del Capital la ejerce en el espacio de la muerte y del horror; en un contexto donde la capacidad tecnológica de control y de destrucción de la vida es históricamente inédita. Esto es lo que configura el escenario de Capitalismo e imperialismo senil en el que nos encontramos.

Este imperialismo senil es hijo de la crisis ecológica. En nuestra América, como hemos visto, adquiere la forma de neo-extractivismo recargado. Un neo-extractivismo extraño, que se presenta bajo las formas hechizadas del crecimiento. El crecimiento solapa nuestra condición neocolonial extrema. Nos encontramos con estados coloniales administrados por gobiernos progresistas. Sí, son progresistas, pero no pos-neoliberales.

El progresismo siempre ha sido colonial, el progresismo es colonialismo. Desde nuestros padres de la Revolución de Mayo, pasando emblemáticamente por Avellaneda, por Sarmiento, por Mitre, por Roca, éstos son los nombres del progresismo del siglo XIX. El progresismo es genocida, el progresismo es ecocida. Estos gobiernos son efectivamente progresistas pero no son pos-neoliberales. ¿De qué hablamos cuando hablamos de neoliberalismo? Es la respuesta geopolítica que el Norte pergeñó en los años '70 ante el primer síntoma fuerte de agotamiento del mundo. Ha sido una brutal arremetida del poder imperial para reasegurarse el control y el acceso privilegiado sobre las fuentes de lo que Occidente llama *recursos naturales*. La crisis ecológica que se vuelve central en la agenda política a fines de los '60, principios de los '70 es producto del capitalismo keynesiano de toda esa época.

Anteriormente Raúl Zibechi señalaba un mundo donde el consumo se vuelve clave para mantener la estabilidad política de las sociedades. Es la sociedad del consumo de un lado y del otro del muro de Berlín, y de un lado y del otro de la línea del Ecuador. Para tener una idea basta presentar los resultados de los ecólogos que se dedican a medir los impactos del consumo humano. El siglo XX es apenas un chasquido si lo vemos en la duración temporal de la vida en la historia de la humanidad. Sin



embargo, su huella en términos del consumo es impresionante. Antes de la Revolución Industrial calculan que el consumo energético per cápita era de 20.000 kilocalorías. A fines del siglo XX se estaban consumiendo 290.000 kilocalorías por persona. En el siglo XVIII el consumo de materiales se calcula en 4 toneladas per cápita, y esto ha pasado en el siglo XX a 19 toneladas.

Es necesario destacar que, sin embargo, estamos hablando de imperialismo, es decir, de desigualdades clasistas y racistas. En estas 19 toneladas anuales tenemos que contabilizar 80 toneladas anuales per cápita de un norteamericano, 45 toneladas anuales de un europeo y 7 toneladas de los habitantes de los que en 1999 se llamaban *países en vías de desarrollo*. Esto es una barbaridad de consumo de materiales y producción de desechos. En la última mitad del siglo XX el volumen material del comercio exterior se multiplicó por 50, y el consumo de petróleo por 10. En 1900 había un millón de autos en el mundo, se llegó a cien millones en la década de 1950 y, en 1999, a 800 millones de autos. Dicho entre paréntesis, los neomalthusianos deberían prestar más atención a la tasa de natalidad de la industria automotriz que a la demografía humana.

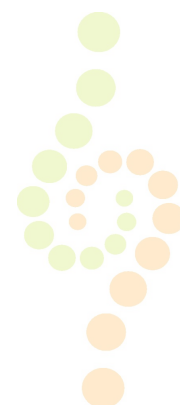
¿Qué significa esto? Que en los '70 llegamos a un punto en que las presiones nacional-populistas, desarrollistas, que vivimos en el sur, ponen en evidencia que este mundo no alcanza para todos, que necesariamente requiere que el privilegio de unos se financie con el hambre de otros, como lo dijo ese médico del Sertão nordestino, allá en 1950. Cuando el sur quiere industrializarse se produce un colapso de la naturaleza y esto provoca la reacción del neoliberalismo, que por lo menos tiene cuatro etapas en América Latina: el terrorismo de estado en los '70, el terrorismo económico de la deuda externa en los '80, la expropiación estructural de los '90 y el neo-extractivismo de los 2000. De manera tal que, parafraseando a Lenin, tendríamos que decir que el "neo-extractivismo de esta nueva década es la fase superior del neoliberalismo". No pos-neoliberalismo, fase superior.

El secreto del éxito de este neo-extractivismo neoliberal tiene que ver con que echa a andar el crecimiento fetichista. Detrás del crecimiento vuelven las viejas fantasías desarrollistas. El poder de encantamiento del crecimiento es capaz de construir mayorías electorales, de diluir todas las distancias ideológicas y de clases, de juntar al obrero con la patronal bajo la órbita del calor oficial. El crecimiento no tiene oposición que valga, el crecimiento es puro oficialismo. Pero se trata de un crecimiento perverso, basado en una expropiación eco-bio-política: una expropiación económica, una expropiación ecológica, de la renta, de la plusvalía, de los bienes naturales que son fuentes de vida. Es una expropiación geográfica porque no hay disposición del territorio; es una expropiación cultural porque el poder imperial administra las identidades; pero también es una expropiación política en el estricto sentido institucional de que hay un secuestro de derechos, secuestro de la judicialidad. Por eso decimos eco-bio-política, porque es una expropiación de la vida en sus fuentes y en sus formas.

Cuando hablamos de lo humano, estamos hablando de los deseos, de las emociones, de los sentimientos y todas esas *cosas raras* de las que habla Adrián Scribano. A la primera edición de estas jornadas

¹ vino Marcos Pastranas, Cacique de la etnia diaguita-calchaquí, de Tafi del Valle,

¹ Aquí el autor se refiere a las "I Jornadas de Debate y Trabajo Colectivo. Acción Colectiva y Conflicto Social contra la Expropiación y Depredación de la Naturaleza. Modelo de Acumulación y Ambiente en la reconfiguración neocolonial del Capital", organizadas por el Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social en junio de 2007.



Tucumán, un gran maestro. Él decía: “soy territorio”. Yo al principio, no lo entendía y pensaba que era una buena metáfora. Pero él no estaba hablando metafóricamente. Nuestras células están hechas del aire que respiramos, del agua que tomamos, de la tierra en forma de nutrientes que nosotros consumimos. Medardo Ávila² decía ayer “tenemos 40% del ADN de los vegetales y 85% de los insectos”, o sea, somos territorio, somos naturaleza.

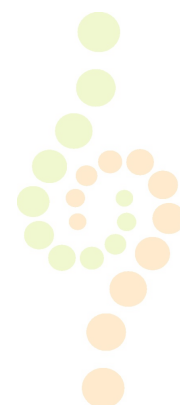
Entonces, el neo-extractivismo avanza provocando la fragmentación y la amputación de los territorios, una amputación que solamente se puede hacer soportable a través del consumismo anestésico, y estamos ante poblaciones anestesiadas. Consumismo anestésico y distribucionismo onírico, ese que solamente existe en los sueños de los oficialistas, son los que hacen soportable esta violencia expropiatoria neocolonial extrema.

Por eso, de los '90 al 2000 no es que hayamos superado el neoliberalismo o el Consenso de Washington, más bien, hemos pasado al consenso de Pekín. Nuestros gobiernos coloniales administran orgullosamente estos territorios como proveedores privilegiados de energía, nutrientes y agua del consumismo oriental emergente. Pero también hay que tener en claro que el extractivismo no es nuevo, es lo más viejo de esta historia. Porque el Capital nació con el extractivismo, que es el pilar fundacional de la civilización del Capital. ¿Qué otra cosa es el Cerro Rico de Potosí?

El extractivismo refiere entonces a una ruptura y a una inversión. Para ir a las raíces de esta crisis ecológica, voy a tratar de combinar lo que decía Don Marcos con lo que decía Don Carlos allá en el siglo XIX. El extractivismo produce, primero, una fundamental violencia originaria que tiene que ver con esa ruptura de los vínculos de los cuerpos y los territorios. Es lo que Marx llamaba el metabolismo social, lo que llamaba trabajo. Metabolismo, biológicamente, es un concepto que nos habla del intercambio de materiales físico-químicos que se da entre células del mismo organismo o entre un organismo y su ambiente; y Marx decía “naturaleza interior, cuerpo y naturaleza exterior”. Ese metabolismo hace posible la circulación de los materiales y las energías que sostienen materialmente la vida; y es lo que el Capital rompe. Esa ruptura radical originaria todavía no está sanada, y es, inseparable y simultáneamente, epistémica y material, económica y ecológica. Cuando hablamos de ruptura epistémica nos referimos a cómo Occidente ha degradado ontológicamente la naturaleza. La naturaleza era ser viviente, tierra, madre, diosa, fuente de vida, digna de respeto sagrado. Occidente la mira desde la exterioridad, la superioridad y la instrumentalidad. La naturaleza se degrada violentamente en su condición ontológica, pasando de ser un ser vivo y sagrado, a ser puro objeto: objeto de la ciencia (dicho sea de paso, las ciencias naturales también nacen acá, con los biólogos rotuladores de la fantástica biodiversidad que les proveía América, de los que Alexander Von Humboldt en el S.XIX es el más reconocido); y a ser un conjunto inerte de recursos. Así pasamos de la naturaleza sagrada a la naturaleza científica y, de ahí, a la naturaleza como mercancía: La naturaleza existe en tanto y en cuanto puede ser susceptible de valorización en términos de la lógica del valor de cambio.

Desde el punto de vista ecológico-económico, la ruptura tiene consecuencias más graves. Marx señalaba que la producción capitalista perturba la interacción metabólica entre el hombre y la tierra, es decir, impide que se devuelva a la tierra los elementos

² Integrante de la organización de Médicos de Pueblos Fumigados, para mayor información puede consultarse <http://www.unr.edu.ar/noticia/3478/agrotoxicos-quotnecesitamos-una-ley-que-penalice-su-uso-indebidoquot>.



constituyentes consumidos por el hombre en forma de alimentos y ropa, e impide, por lo tanto, el funcionamiento del eterno estado natural para la fertilidad permanente de la vida. La transformación capitalista del proceso de producción aparece como martirología de los productores, es decir, de la naturaleza interior, el trabajo, y de la naturaleza exterior, el suelo. Todo progreso en la agricultura capitalista no es sólo un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino, a la vez, en el arte de esquilmar al suelo. Todo avance y acrecentamiento en la fertilidad de éste durante un lapso dado resulta un avance en el agotamiento de las fuentes duraderas de esa fertilidad.

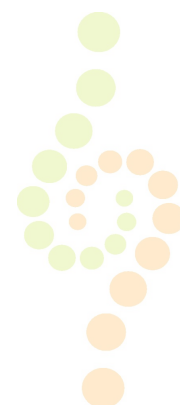
Esta ruptura provoca una inversión existencial total. Hablamos de inversión en el doble sentido, en el gobierno de las inversiones, y en el gobierno de donde surge una economía donde está todo invertido, donde el flujo de los valores de cambio pasa a tener prioridad sobre el flujo de los valores de uso, donde la economía no tiene que ver con cómo y de qué vivimos, sino con cómo ganamos más dinero.

La escisión metabólica produce, simultánea y recíprocamente, plusvalía, hambre y crisis ecológica. La escisión metabólica, que introduce la geo-cultura de la acumulación, supone una irreparable fractura en la correspondencia, reciprocidad y simetría entre los dos grandes flujos energéticos sobre los que se basa la ecología humana: los flujos de la alimentación que van de la tierra al cuerpo, y los flujos del trabajo que va del cuerpo a la tierra. Al producir esta ruptura, el Capital genera sistemáticamente, de un lado gente que no necesita trabajar para vivir, y, del otro, gente que pese a trabajar hasta el límite de sus energías físicas no recibe su cuota alimentaria básica. Y esta es la raíz, a mi modo de ver, del desorden ecológico global al que hoy estamos asistiendo.

Esta ruptura en la simetría y reciprocidad que debería haber entre trabajo y alimentación produce una civilización literalmente inhumana. Los de abajo deshumanizados por las huellas, los estigmas que el hambre produce horadando los cuerpos. Los de arriba deshumanizados porque esa geo-cultura de la acumulación del dinero les erosiona, no el cuerpo, sino la sensibilidad; genera gente insensible a la destrucción y devastación de la vida.

Me parece que estamos ante un problema epistémico y religioso porque el Capital ha creado una verdadera necro-economía, una economía de la muerte, para la muerte, que piensa en términos de individuos y no en términos de especie. La bio-economía piensa en términos de especie. La necro-economía prioriza el valor de cambio mientras que la bio-economía prioriza el valor de uso. La necro-economía considera a la naturaleza como una simple variable de ajuste del sistema capitalista financiero mundial. La bio-economía piensa que la economía humana es apenas un pedacito integrado a una totalidad que es la biósfera que nos contiene nutriciamente. La necro-economía es cortoplacista, la bio-economía piensa en el largo tiempo geológico de la vida. La necro-economía inventó el individuo, es decir, fragmentó y destruyó la comunidad, la especie. Como señala Karl Polanyi, es fundamental la destrucción de la especie para que esto funcione y que emerja el hambre como dispositivo civilizatorio de Occidente. Karl Polanyi explica que cuando había comunidad, no existía el hambre políticamente creado, nadie se moría de hambre. El Capital destruye la comunidad y deja al trabajador como un individuo libre, suelto, solo, librado a su propia suerte, sin el amparo que antes le proveía la comunidad.

Por eso me parece que estamos en una guerra religiosa, una guerra de dos fundamentalismos que entienden de manera distinta qué es lo fundamental. Algunos piensan que lo fundamental tiene que ver con la bolsa, los valores, la renta, el consumo. Otros, que lo fundamental es el agua, el suelo, el alimento. De un lado tenemos los que



profesan el credo oficial del Capital, el culto moderno del desarrollo, que hace acto de fe en el crecimiento infinito y la omnipotencia de la tecno-ciencia, los bautizados en la civilización de la conquista y la explotación, participantes de la liturgia del consumismo y el vertiginoso cambio tecnológico, feligreses del mercado, de las cotizaciones, de las acciones, de los títulos de la deuda. Esta es la religión oficial de la necro-economía del Capital. Del otro lado, emergen los que profesan el culto del cuidado. No se trata de un conservacionismo de la abundancia ni mucho menos de la eco-eficiencia tecnocrática. El ecologismo de los pobres es un culto más primitivo, salvaje, que vuelve a proponer el cuidado sagrado de la Madre Tierra. No se fían de la ciencia, creen en el valor de uso y en el tiempo geológico, enseñan la doctrina de la vida tranquila y practican la liturgia de la diversidad de tonadas, de saberes, sabores, ritmos y genes. Creen y se sienten ligados, estos bárbaros, a la Madre Tierra por el cordón umbilical del alimento y el trabajo. Son los que rinden culto al agua de los ríos que corre roja por sus venas y rezan sus acciones de gracias por el amparo de su comunidad. En pocas palabras, es un culto auténticamente primitivo, absolutamente incompatible con la tolerancia civilizada o el multiculturalismo posmoderno. Auténticamente irracionales, son fundamentalistas que no se sientan en la mesa de negociaciones de la institucionalidad eco-tecnocrática porque, según su credo, hay seres que son precisamente no negociables.

A juicio de los creyentes del culto oficial, éstos, los pachamamistas, están completamente enfermos de la cabeza, desquiciados, han perdido la razón. Los pachamamistas, en cambio, creemos que son ellos, los que practican el credo necro-económico del Capital, los que están enfermos, pero más que enfermos de la cabeza, están enfermos del corazón.

